

# El paradigma de la “ sociedad de trabajo”

Julio Godio.\*

FES - ACTUAL

## **Autorrevolución del capital y desarticulación de la sociedad industrial: la «revolución conservadora»**

En el XVI Congreso Continental de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (CIOSL-ORIT), celebrado este año por la central sindical internacional más importante del continente americano, se aprobó como documento programático la Plataforma Socio-política 2005-2009, dentro de la cual se destaca la propuesta de luchar por la construcción de «sociedades de trabajo».

Se trata de un paradigma sociolaboral novedoso. Pero, corrientes dentro de la sociología del trabajo francesa —de inspiración socialcristiana o marxista— hacen referencia a él desde hace tres décadas. Es un paradigma todavía no verificado en la historia porque las fuerzas político-laborales

representativas a de los trabajadores se movían hasta hacía dos décadas con el paradigma sociolaboral de la « sociedad industrial democratizada » a través de las instituciones del estado de bienestar. Hasta la década de los ochenta del siglo pasado todavía se daba por sentado que la sociedad industrial ampliaría constantemente sus estructuras productivas, aumentaría la extensión de la «sociedad salaria», y la acción sindical garantizaría la profundización de la humanización del trabajo y el bienestar de las sociedades.

El paradigma de la sociedad industrial democratizada comienza a erosionarse objetivamente por el impacto de la «autorrevolución del capital » que , por el impacto de las nuevas tecnologías sobre los procesos y productos del trabajo logra producir fuertes aumentos en la productividad del

\* Sociólogo argentino, Director del Instituto del Mundo del Trabajo

trabajo .Se pasa del fordismo al toyotis-mo y a la empresa de «variedad». Se amplía la terciarización de procesos de trabajo. Nace la empresa estrella. Se agotan los yacimientos de trabajo fordistas. El desempleo y el subempleo se vuelven estructurales en países altamente desarrollados y de desarrollo intermedio. El capitalismo liberal —sin competidores por la desaparición por obsolescencia histórica de la URSS y los países del socialismo real en Europa y el viraje de la República Popular China a la economía de mercado— realiza sin dificultades la segunda ola de mundialización de la economía que ahora se torna plenamente mundial. Los sindicatos, tanto por la necesidad de adaptar sus políticas y prácticas sociolaborales a las nuevas realidades del mundo del trabajo, como por la asimilación de estudios científicos sobre el nuevo escenario sociolaboral mundial, comienzan a revisar desde principios de los ochenta sus plataformas de acción sociopolíticas para defender los intereses de los antiguos y nuevos trabajadores asalariados y ampliar su radio de influencia sobre contingentes de trabajadores ubicados en empresas y subsistemas económicos informales. El nuevo enfoque sindical refuerza al papel internacional del sindicato en la «economía global».

La autorrevolución del capital no fue neutral. Desde su comienzo se observa que el capital financiero es quien motoriza las operaciones empresarias, favoreciendo a las grandes empresas multinacionales de los países altamente industrializados. No existe, la voluntad de utilizar a las nuevas tecnologías para promover la modernización de las economías en escala global, sino para favorecer una gigantesca concentración

capitalista. La herramienta política es la teoría económica neoclásica sustentada por la «revolución conservadora» (con epicentro en EE.UU. y Gran Bretaña), que establece como objetivo central garantizar la prioridad absoluta de la oferta del capital (rentabilidad empresarial) sobre la demanda.

La revolución conservadora, (luego conocida como «neoliberalismo»), se imagina y promueve un tipo de «nueva sociedad» funcional al predominio de la teoría de la oferta: es la «sociedad de mercado». Se debe aceptar que el progreso económico exige mercados de trabajo «desregulados» y aceptar que existirán grupos sociales «vencedores» y grupos sociales «perdedores» (revival del «darwinismo social»). El neoliberalismo avanza aún más para rediseñar al mundo del trabajo al anunciar que de ahora en adelante el «trabajo será escaso», que descenderá el número absoluto de trabajadores asalariados y que es necesario acostumbrarse a la existencia de sociedades duales con un tercio, por lo menos, de desocupados y trabajadores informales de bajos ingresos sujetos del «asistencialismo». El anuncio neoliberal es adelantado en el libro de J. Rifkin «El fin del trabajo».

El neoliberalismo se instala fuertemente en los países altamente desarrollados del G-7. Su objetivo es mundial. Necesita para ello contar la participación activa de los organismos multi-bilaterales de crédito (FMI, Banco Mundial y otros), con multimedias, centros académicos, sectores de las Iglesias, etc., etc. Se trata de una batalla cultural y política del neoliberalismo, para derrotar los eventuales bolsones de resistencia en los sindicatos

,partidos políticos progresistas y de izquierda, organizaciones del empresariado favorables el estado de bienestar, corrientes culturales y científicas opuestas al neoconservadorismo, y lograr así decretar la erradicación definitiva cultural no solo de toda variedad de socialismos, sino también y especialmente, la erradicación de las tradiciones keynesianas.

### **Apropiación por el neoliberalismo de la categoría mercado: el «libre mercado»**

El neoliberalismo se apropia —en el contexto político de la segunda mundialización de la economía en curso— de la categoría mercado, y la reformula como « libre mercado» (que sólo existe en el imaginario propio de «el capital»). Las sociedades necesitaron un tiempo para descubrir por sus resultados la operación de subsumir la categoría de mercado en el «libre mercado». No fue sencillo el proceso de descubrir que existía una contradicción sustancial entre ambos términos, porque la persistente ofensiva ideológica neoconservadora se legitimaba con sus capacidades para direccionar la fantástica tercera revolución tecnológica.

Se había producido a partir de los años '70 una «autorrevolución del capital» en el interior del capitalismo liberal. Pero por sus resultados sobre las sociedades, con sus secuelas de desempleo, subempleo y pobreza, fue posible a para ciertas instituciones (en especial sindicatos y núcleos de intelectuales y políticas progresistas) constatar que el supuesto «libre mercado» se construía en gran medida a costa de la pauperización relativa de importantes segmentos de trabajadores asal-

riados (incluso en los países de la OCDE) y la consolidación de la pobreza y los empleos de baja calidad en los trabajadores de la economía informal y las economías campesinas familiares (especialmente en los países periféricos).

A fines de los '90 se hizo evidente que, en las condiciones de hegemonía de los países del G-7 y sus brazos financieros operativos (FMI, Banco Mundial, grandes corporaciones financieras privadas, etc.) y de la capacidad unilateral del imperio norteamericano, la expansión mundial económicas y sociales liberales desarticulaban los mercados y los incapacitaban para promover el desarrollo sustentable. Las políticas públicas laborales promovidas con métodos coercitivos por el BM y el FMI partían de la premisa de la negación del trabajo productivo a la mitad de la población mundial. Lo que estaba en curso era una gigantesca concentración y centralización del capital: 200 grandes empresas multinacionales controlaban en 2000 el 70% del comercio y las inversiones a escala mundial. Ese proceso de concentración y centralización era acelerado por el capital financiero rentístico, que se había constituido en la forma principal de realización del capital (ganancias financieras) a escala mundial.

### **Se inicia la resistencia socio-política: la consigna «otro mundo es posible»**

Fue la resistencia de los sindicatos, de empresas bloqueadas y desplazadas y de movimientos sociales antiguos (por ej., los campesinos) y «nuevos» (ecologistas, asociacionistas, de género, minorías étnicas) los que organizaron las acciones espontáneas de resistencia al

neoliberalis-mo. La mayoría de los partidos políticos asociados en el pasado con el mundo del trabajo quedaron «shockeados» por el neoliberalismo y tardaron (o no pudieron) en reaccionar. Lo «social» solidario se constituyó en la gran matriz de resistencia y convocatoria. De allí el alto prestigio del Foro Social Mundial de Porto Alegre y su consigna «Otro mundo es posible».

En el interior del proceso de resistencia al capitalismo liberal se van perfilando posiciones políticas, económicas y laborales que se constituyen en contratendencias al neoliberalismo, y que tienen como denominador común reinstalar el rol del Estado como «organizador» de los mercados y las políticas públicas de desarrollo como sus herramientas principales. Las contratendencias son legítimas. Por eso penetran en el interior de las «grandes burocracias» del FMI, BM, etc., y provocan divisiones políticas. J. Stiglitz ha sido el gran testigo y ha dejado su testimonio del desconcerto inicial en las organizaciones multi-bilaterales de crédito y de la filtración de tibias ideas neokeynesianas en esos organismos, ahora sometidos a críticas abiertas por sus responsabilidades en las grandes «crisis de la deuda» que recorrieron a países periféricos desde la primera crisis mexicana (1991) hasta la crisis argentina (2001).

## El retorno de Keynes: planificación y economía de mercado

Súbitamente resucita el keynesianismo. Ahora sin rivales a la izquierda (por el desplome de la URSS) y por lo tanto con el prestigio de haber

sido el precursor de la idea de que es posible planificar en la economía de mercado. Nace el «nuevo keynesianismo». El caso más espectacular —en gran medida por haber sido capaz de demostrar la posibilidad de planificar en los mercados sin abandonar el curso socialista que fundó un país moderno— es el de la República Popular China, que pasa del régimen de planificación central burocrático a una economía de mercado.

Pero el «revival» keynesiano está presente en otras áreas clave del mundo. Ante todo, en la Unión Europea (UE), donde la mitad de los habitantes rechaza el curso neoliberal impuesto en Maastricht y que se pretende legitimar con el Tratado Constitucional hoy en debate. También con los intentos del Grupo de los 20 de convertir a la Organización Mundial de Comercio (OMC) en un ámbito de equilibrios macro-comerciales y exigir un retorno del FMI y el BM a las funciones previstas en Bretton Woods. Por último, en la emergencia de países en Asia, en Medio Oriente y en América Latina (gobiernos neodesarrollistas en Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, Uruguay) que imprimen a la lógica económica y las políticas públicas premisas desarrollistas.

¿Qué significa organizar y planificar en los mercados? Resumidamente, significa que el Estado democrático se «reforma» para ejercer su poder y asegurar modos de producción y distribución nacionales y supranacionales funcionales a la inversión productiva y el consumo popular. Para ello, se debe planificar una distribución del excedente económico en función de la mejora constante y equilibrada de la productividad media de la economía, tres de cuyos componentes centra-

les son el «pleno empleo» (entendido como «trabajo para todos»), la capacitación continua y la entrada a los mercados de trabajo de jóvenes y mujeres. Esto requiere de redes y estructuras productivas asociadas con la tercera revolución tecnológica, y con sistemas de normas laborales («dimensión social») que protejan a los trabajadores asalariados y a categorías no asalariadas propias de las «nuevas formas» de trabajar.

Se trata de economías de mercado, y por lo tanto concurren a su organización diversas formas de propiedad (privada, pública, cooperativas) que dan forma a economías de «propiedad mixta». Se puede denominar a las economías de mercado como «economía social de mercado», como «economía socialista de mercado» y otra fórmula especial. Pueden existir diferencias entre ellas, pero serán secundarias si se tiene claro que el capital no tiene por qué realizarse exclusivamente con capitalismo liberal, y que el denominador común es la organización de los mercados no sólo por el Estado, sino también por la acción concentrada con las empresas, sindicatos y otras organizaciones de la sociedad civil.

### **La sociedad de trabajo: premisa del desarrollo sustentable**

No puede existir un modo de producción sustentable sin instituciones socio-políticas que garanticen la igualdad de oportunidades. Esta se garantiza, ante todo, con una distribución positiva de los ingresos, pero incluye también la distribución masiva de una variedad de bienes sociales (educación, salud, vivienda, etc.). Estructuras sociales solidarias y generadoras de bienestar social son imprescindibles para alcanzar las me-

tas del desarrollo sustentable democrático. Esta demanda, presente con formas históricas específicas en la evolución de las sociedades, adopta hoy la forma concreta de «sociedades de trabajo».

Ya tenemos una visión «general» de la sociedad del trabajo. Esta se apoya en teorías y prácticas sociales precedentes que son sus «pisos civilizatorios»: Las instituciones y prácticas socio-políticas que sustentan la entrada en la historia de la sociedad del trabajo son aquellas que han dado lugar a la creación de empleo productivo en la historia del capital y la organización autónoma de trabajadores asalariados. Concurren como «pisos civilizatorios» la acción de los sindicatos, las diferentes modalidades del «Estado social», las organizaciones políticas afines al mundo del trabajo, y en particular los sindicatos, el soporte de corrientes religiosas progresistas, la cooperación institucional entre el mundo de los intelectuales y el mundo del trabajo para humanizar y mejorar la calidad del trabajo, etc. Las normas internacionales del trabajo y el tripartismo promovidos por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) han jugado un papel central para construir mercados de trabajo nacionales y supranacionales con articulaciones con la humanización del trabajo y la solidaridad social.

La primera razón de la legitimidad de la sociedad del trabajo consiste en que se confronta teóricamente con la categoría de «sociedad de mercado». Esta última categoría se corresponde con los intereses de un sector de las sociedades identificados con las capacidades dinámicas, pero finalmente reaccionarias, de «el capital». El curso real de la revolución conservadora, que genera la

segmentación en las estructuras productivas y de ingresos, en estándares de capacitación técnica, bloqueando la expansión del trabajo productivo en sus diversas modalidades salariales y no salariales, no es aceptable por las sociedades. Se recalca contra el neoliberalismo que los mercados —incluidos los mercados de trabajo— se dualizan por el carácter rentístico-financiero de la acumulación entre “incluidos” (en la dinámica del capital) y «excluidos» (por la concentración del poder y de las riquezas).

### **La sociedad de trabajo no es una utopía: rasgos generales**

La categoría «sociedad de trabajo» podría permanecer en el reino de las utopías si no logra constituirse como una «estructura autónoma» (modelo sociolaboral) pero simultáneamente como componente de la economía política de modos de producción y distribución «superiores» a los que ha generado la presente autorrevolución del capital en los marcos del capitalismo liberal. Si nos movemos con el concepto de «economía real» terminaríamos pensando que la sociedad de trabajo es un revival de la sociedad industrial y del keynesianismo clásico. Bastaría con agregar un poco de «demanda efectiva» al modo de producción capitalista liberal. Pero, de lo que se trata es de pugnar dentro de la economía de mercado para convertir en dominantes a nuevos modos de producción según regiones y países, con capacidades de «apropiarse» de los logros tecnológicos y productivos de la autorrevolución del capital, para que a través de la democratización de las formas de propiedad y participación de los trabajadores en la gestión empresarial se logren

nuevos regímenes de acumulación y distribución que tengan como meta el «desarrollo sustentable».

Esos nuevos modos de producción y distribución, pueden ser denominados «economía social de mercado», «economía mixta de mercado» o «economía socialista de mercado», entre otras expresiones. Utilizando las ideas de Jean-Paul Fitoussi, Uno de esos nuevos modos de producción deberán reunir tres condiciones básicas: reunificación del espacio físico (eliminación de las segregaciones urbanas y rurales), reunificación en el espacio social (integración de las sociedades mediante diversas formas de trabajo productivo y predominio de la economía productiva sobre la economía rentístico-financiera) y reunificación en el tiempo (garantizando la vinculación a través de la de la estabilidad laboral y la capacitación continua de mujeres y jóvenes).

La fórmula de Fitoussi parece a primera vista sencilla. Pero se trata de una fórmula muy compleja. Aquí, como corresponde, se excluye toda visión simplista de «estatización el capital». Se trata de economías de propiedad mixta. Se potencia la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, el despliegue de emprendimientos privados y públicos basados en diversas formas de asociacionismo (por ejemplo, redes productivas y de pequeños y medianos industriales, de servicios agrícolas, etc.). Estamos pensando en economías nacionales de «apertura selectiva» que para ser eficientes deben realizar en los mercados subregionales, regionales y mundial un 2'-30% del Producto Bruto Interno (PBI).

El asunto clave consiste en que cualquier tipo de modelos de acumulación y distributivo que viabilice la idea de Fitoussi será inviable sin Estados nacionales con capacidades institucionales, políticas y jurídicas para organizar los mercados. ¿Qué significa organizar los mercados? Significa que el Estado en todos los niveles debe contar con herramientas de política económica para que la demanda efectiva (consumo + inversión) y las políticas públicas de distribución del excedente económica direccionen el comportamiento de todas las variables económicas según un patrón común de industrialización de todos los sectores económicos.

A su vez, las reglas de la economía integrada deben estimular las inversiones extranjeras, localizándolas en los sectores productivos estratégicos que movilicen al conjunto del aparato económico, bloqueando las incursiones depredadoras del capital financiero rentístico y estimulando a que las empresas multinacionales y grandes empresas locales funcionen como generadoras de empleo (ubicando en el centro de las empresas estrellas y cadenas de valor) y generadoras de divisas (exportaciones).

La esquemática formulación de un modo de producción apto para dotar a las economías de mercado de «direccionalidad de sustentabilidad programada» requiere de instrumentos económicos, y por lo tanto de la gestión de especialistas capacitados en la «base material» de la sociedad de trabajo. Ahora bien, la categoría abstracta de sociedad de trabajo logra transformarse en categoría concreta (operativa) si cuenta

con herramientas para la formación de trabajadores empresarios identificados ideológicamente con los objetivos y prioridades del plan.

Como la planificación opera en los mercados, es fundamental que se generen sistemas de capacitación continua de trabajadores, empresarios y gerentes. Esos sistemas de capacitación deben articularse en la cooperación entre las instituciones especializadas del Estado, las organizaciones empresarias y los sindicatos. Ejemplos de este tipo de «planificación de la institucionalidad» del mercado laboral ya existen, y han demostrado su eficiencia: por ejemplo, los sistemas de capacitación duales para los jóvenes en Alemania, países escandinavos, etc.

### **A modo de conclusión: la sociedad de trabajo, un objetivo socio-político**

La sociedad de trabajo es sinónimo de sociedad que genera empleos decentes. Pero si bien la calidad de los empleos depende, en última instancia, de la productividad media alta de una economía, ninguna economía puede funcionar adecuadamente si los patrones de distribución del ingreso se ajustan a la actual y creciente polarización social. En una sociedad del trabajo existen las desigualdades, pero esas desigualdades serán acotadas. Las escalas salariales, cuando son superiores a una diferencia de ingresos mayor de 1 a 10, impiden el crecimiento económico sostenido. Por eso la sociedad de trabajo incluye políticas impositivas que gravan fuertemente la riqueza.

La viabilidad de la sociedad de trabajo se decidirá en escala mundial. En otros términos, la sociedad de trabajo forma parte de un diseño del sistema-mundo sustentado en políticas supranacionales y nacionales destinadas a favorecer los intereses de los pueblos y restrictivas del poder discrecional de las empresas multinacionales y del sistema financiero internacional. La sociedad de trabajo debería ser el núcleo de sustentación de la lucha del milenio contra la pobreza y la exclusión social.

La sociedad de trabajo sólo es sustentable en escala mundial si se articula en la base de las sociedades nacionales como cooperación entre municipios (u homólogos) y empresas gestionadas por empresarios y trabajadores. Así, por ejemplo, la existencia legal de los comités o cuerpos de delegados en las empresas la participación democrática de los ciudadanos/as en las instituciones públicas que regulan la vida cotidiana (como hemos dicho, la protección del medio ambiente, los sistemas de salud y de seguridad social públicos, etc.) son prácticas sociales clave para la construcción de sociedades de trabajo.

Los paradigmas de la sociedad post-industrial o de la «sociedad de la información» prefiguran, ciertamente, los nuevos modos de vivir y trabajar. Pero esos modelos serán incompletos (y por lo tanto, también utilizados para legitimar la exclusión social y considerar a la «guerra de civilizaciones» como necesidad del Occidente «superior» para obligar a «evolucionar» al resto del mundo) si está ausente la construcción de sociedades de trabajo.

La sociedad de trabajo es una institución clave para dotar de vitalidad a la democracia representativa (teniendo en cuenta que sólo el 30% de la población mundial la considera como valor en sí mismo), porque como modalidad de «contrapoder» califica a las organizaciones sociales para mejorar la calidad de la democracia política. La sociedad del trabajo sólo podrá construirse si tiene sustento socio-político suficiente en escala mundial para confrontarse y demostrar su superioridad frente al darwinismo social en que se funda la sociedad de mercado.